

PENSAR DESDE EL LÍMITE. EN TORNO A KARL JASPERS

Francesc Torralba

Karl Jaspers és un dels pensadors més rellevants de la filosofia contemporània. En aquest article, l'autor fa una presentació de les claus del seu pensament i de les categories que articulen la seva antropologia.

235

1. Esbozo preliminar

Uno de los más insignes representantes de lo que se denominó la *Existenzphilosophie* en Alemania durante el periplo histórico entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial fue, sin lugar a dudas, Karl Jaspers (1883-1969), filósofo y médico cristiano.

Karl Jaspers nació en Oldenburg en 1883 y murió en Basilea en el año 1969. Doctor en medicina (1909), se dedicó al ejercicio de la práctica clínica en la Clínica Psiquiátrica de Heidelberg, ciudad en que enseñó a título extraordinario hasta que alcanzó el grado de *Herr Professor* en la Universidad de Heidelberg. Se casó con una mujer judía, Gertrud Mayer y, por este motivo, fue privado de su cátedra en 1937 durante el régimen nacionalsocialista. Posteriormente, en 1948, recuperó su puesto en la Universidad de Basilea, donde enseñaría hasta la edad de su jubilación.

El mismo Karl Jaspers describió su tarea como profesor en estos términos: "Siempre me he sentido un profesor modesto, he estado contra los colegas y las escuelas, pero no por ninguna originalidad sino

por la exigencia de originalidad. Lo único que me importaba era la verdad, y sé ahora, por la experiencia de mi vida, lo difícil que es y lo mucho que fallo; a mí no me atrae nada que tenga el menor destello de lo falso, tampoco me dice nada la mayor parte de la poesía ni del arte (...). Se puede ser totalmente original y, sin embargo, natural; no ser en absoluto creador y, sin embargo, ser verdadero. Por eso me he esforzado y me esfuerzo de un modo cada vez más consciente; por eso, mi inquietud no se ha reducido; me siento, como al principio de mi juventud, 'ante las puertas'".¹

La producción de Jaspers es muy abundante y se extiende en distintos dominios temáticos. Cabe resaltar entre su producción bibliográfica la *Psicopatología* (1913), la *Psicología de las concepciones del mundo* (1919), la *Filosofía* (1932) y la *Lógica filosófica* (1947). Sus estudios consagrados a *Max Weber* (1920, 1932), a *Nietzsche* (1936, 1946), a *Descartes* (1937), a *Schelling* (1955) y a *Nicolás de Cusa* (1964) le avalan como uno de los historiadores de la filosofía más competentes y exhaustivos en lengua germánica.

Precisamente en este terreno, proyectó una obra monumental, *Historia universal de la filosofía*, de la que sólo apareció el primero de los tres volúmenes inicialmente previstos (1957). Los diagnósticos y pronósticos de la filosofía social y política, a menudo agrupados en forma de ensayos, artículos y conferencias, fueron presentados de una manera sistemática en *La bomba atómica y el futuro del hombre* (1958).

Su polémica con Martin Heidegger tanto en el terreno político y filosófico como en el personal ha quedado registrada expresamente en sus *Notas sobre Heidegger* editadas por Hans Saner. A pesar de que ambos se ocupan fundamentalmente del tema de la existencia, difieren en el modo de concebirla y también en sus itinerarios personales. Karl Jaspers se opuso desde el primer momento a la emergencia del fascismo en Alemania y a la subordinación de la Universidad al *Reich*, mientras que, como se sabe, Martin Heidegger militó en el Partido Nazi y juró fidelidad al *Führer* en su toma de posesión en el Rectorado de Freiburg.

Karl Jaspers parte de la idea de que la existencia no puede concebirse totalmente; de que hay algo en ella que no se deja aprisionar por el concepto y que escapa a la formulación teórica. En este sentido, reconoce los límites del discurso filosófico y se abre a la perspectiva del

¹ K. JASPERS, *Notas sobre Heidegger*, Mondadori, 1990, Madrid, p. 47.

misterio como el telón de fondo que está más allá de todas nuestras existencias individuales.

También Martin Heidegger considera que no son los filósofos quienes tienen la última palabra sobre el ser sino los poetas, pues ellos poseen la capacidad de pronunciar la palabra clave que permite acceder a la casa del ser. Ambos autores prestan una particular atención a las obras de Nietzsche y de Kierkegaard, aunque difieren también en sus respectivas recepciones. Karl Jaspers leyó a Kierkegaard en las primeras traducciones que se elaboraron del pensador danés en alemán y era un profundo conocedor de su pensamiento, a pesar de que desconocía una parte sustancial de los *Papirer* kierkegaardianos.

Entre las muchas cualidades que tiene la producción de Karl Jaspers, cabe destacar su claridad meridiana y su comprensión de la realidad fáctica, del mundo de la vida (*Lebenswelt*). Quizá porque su acceso al campo de la filosofía se realizó desde el mundo de las ciencias, o quizá porque estaba dotado de un espíritu pedagógico, el caso es que la prosa filosófica de Karl Jaspers se comprende sin dificultades y ello permite el acceso a ella a lectores no acostumbrados al lenguaje filosófico. Su afán de claridad, su cortesía en los ejemplos y su voluntad de comunicación están omnipresentes en toda su producción filosófica.

Para comprender correctamente la filosofía de Jaspers es esencial tener en cuenta que él llegó a ser filósofo desde una vía de acceso muy singular: la ciencia. Después de conseguir, en 1908, el Doctorado en Medicina, Jaspers trabajó hasta 1915 como voluntario en la Clínica Psiquiátrica de Heidelberg. Curiosamente, dos filósofos contemporáneos de Jaspers participaron también de la misma experiencia de voluntariado: Edith Stein (1891-1942) fue voluntaria de la Cruz Roja Internacional durante la Primera Guerra Mundial y Ludwig Wittgenstein (1889-1951) se alistó voluntariamente en la que originariamente se denominó la Gran Guerra. Esta experiencia dejó huella en la biografía de estos tres grandes pensadores del siglo XX.

El contacto con los enfermos, el examen crítico de la bibliografía médica y el estudio de la compleja realidad que constituyen los enfermos mentales hicieron nacer en Karl Jaspers la fecunda idea que las realidades percibidas no se explican en el cuerpo de teorías al uso. Ello le conduce a desarrollar un grueso trabajo que será el tratado de *Psicopatología General*, por medio del cual, obtiene en 1913 la habilitación como profesor de Psicología.

En el citado tratado describe los distintos aspectos de la realidad, siempre insondable, de la enfermedad mental. La observación de hechos aislados, el estudio de sus relaciones y la aprehensión de los conjuntos se condicionan y se influyen mutuamente. Jaspers llega a la conclusión de que explicar (*erklären*) y comprender (*verstehen*) constituyen métodos indispensables para comprender la pluridimensionalidad del ser humano. Según su punto de vista, sólo la multiplicidad de teorías puede hacernos comprender al hombre en su totalidad.

Si uno se acerca al contenido global de la filosofía de Jaspers, observa distintas etapas en su pensamiento que, no obstante, en términos generales, se estructura a partir de una compleja unidad de tensiones. Lo que domina el principio de su obra filosófica es la psicopatología general, entendida como ciencia del enfermo mental, pero de ahí Jaspers se desplaza a otros fenómenos de la realidad para comprenderlos en su máxima hondura. La enfermedad mental constituye el primer motor de su actividad intelectual pero, a partir de ella, analiza la estructura antinómica del mundo y las situaciones límite (*Grenzsituationen*) (sufrimiento, lucha, culpabilidad, muerte y azar).

238

El *corpus* central de su pensamiento se expresa en la magna obra *Philosophie* (1932), publicada en tres volúmenes, que se subdivide en varias partes: la orientación en el mundo, la investigación de la realidad objetiva, el esclarecimiento de la existencia, la llamada a ser uno mismo y la metafísica o evocación de la trascendencia. En su obra filosófica, ocupa un lugar especial la reflexión antropológica pues, según Jaspers, el ser humano no puede ser comprendido únicamente desde el prisma científico, sino que escapa a la investigación conceptual y sólo puede esclarecerse su naturaleza desde la reflexión filosófica que utiliza signos (*Signa*).

Sólo indirectamente puede dirigirse la atención sobre el ser mismo del hombre, puesto que jamás es un objeto en sí mismo sino que sólo se revela verdaderamente en la comunicación con el otro, comunicación que toma forma histórica. En ella, afirma su libertad en la decisión incondicional, accede a la consciencia de la situación-límite, adquiere la certidumbre de sí mismo en sus acciones incondicionales y de este modo se realiza como consciencia absoluta. La existencia, sin embargo, no se basta a sí misma sino que está en relación con la trascendencia, que se expresa a través de las "cifras".

2. Filosofía y límites de la ciencia

Uno de los temas que más preocupa a Karl Jaspers es la relación entre filosofía y ciencia. En la tercera versión de *La idea de universidad* (1961), Jaspers define, de un modo muy particular, las relaciones entre ciencia y filosofía. Para caracterizar con claridad la especificidad de la ciencia, el filósofo existencialista señala tres caracteres esenciales:

1. El conocimiento científico es de carácter metódico; es decir, es un conocimiento que se adquiere a partir de un itinerario y dentro de unos determinados límites que no pueden ser transgredidos. En este sentido, se opone a la creencia sin reflexión.
2. El conocimiento científico se impone a toda inteligencia. Esto significa que es independiente de las convicciones que tenga la persona en materia religiosa o moral.
3. El conocimiento científico tiene un valor de carácter universal, esto es, es admitido sin reservas por todos los que lo comprenden dentro de su relatividad.

 239

Entre los límites de la ciencia, Jaspers considera que la ciencia se relaciona con el objeto pero que no puede definirse como un conocimiento del ser (*Sein*). Se aplica a elementos del mundo pero no a la totalidad del mundo. La filosofía aspira a una comprensión de la totalidad del mundo y del sentido último de la realidad. Precisamente por ello, no puede definirse como ciencia, porque no tiene un objeto empírico como foco de estudio, sino la totalidad de la existencia humana.

La finalidad de la filosofía es, como dirá también nuestro Ortega y Gasset, orientar al ser humano en la existencia, mostrarle el camino de plenitud vital, mientras que la finalidad del discurso científico consiste en describir lo que es, a partir de la descomposición del mundo en distintos objetos.

El conocimiento científico no puede determinar cuál es el sentido de la existencia, cuál es el fin de la vida humana o de qué modo debe vivirse ésta. Estos temas no entran dentro de lo que es demostrable científicamente. Según Jaspers, filosofía y ciencia no se confunden sino que tienen orígenes y fines claramente distintos. Frente a la ciencia, la filosofía debe reconocer el carácter incontrovertible de los elementos pero, frente a la filosofía, la ciencia debe evitar formularse determinados interrogantes que trascienden su campo de desarrollo y su específica metodología.

“Hoy día, ¿afirma el filósofo alemán? los supuestos de la época bajo los que, en el fondo, se hace siempre lo mismo son los siguientes: el saber fáctico y los métodos de las ciencias- la claridad de lo que puede y debe ser propio de la filosofía, si realmente es filosofía, la amenaza real del ocaso de la humanidad (...), la configuración técnica de la existencia hasta la tecnificación de toda la vida y de la vida cotidiana del hombre en general. Quien piensa en la huida o en el olvido de la situación piensa mágicamente en espacios fantásticos, o juega con invenciones arbitrarias.”²

Según Jaspers, la ciencia no puede expresar lo más fundamental y nuclear de la experiencia humana. En este sentido, su obra puede considerarse un alegato contra el positivismo, contra el cientismo, pues, contrariamente a los excesos del positivismo, Jaspers reconoce los límites de la ciencia y los reconoce en tanto que científico. No se pronuncia desde fuera de la ciencia, como un extraño intruso que la juzga desde otra perspectiva, sino con la perspectiva de un científico. Esta actitud le otorga credibilidad y también autoridad moral. Reconoce las posibilidades y los límites de la ciencia, pero considera que la filosofía la trasciende en la medida en que sus interrogantes y sus núcleos problemáticos son de otra naturaleza.

240

Según Jaspers, el conocimiento científico de las cosas no es conocimiento del ser puesto que es particular, objetivo en sentido determinado, mientras que el punto de vista filosófico representa el saber más radical del no saber. El conocimiento filosófico es capaz de dar una orientación a la vida, o sea, de señalar los valores sólidos.

En este punto particular, Jaspers y Ortega vuelven a complementarse profundamente. También para Ortega la tarea de orientar recae directamente sobre la actividad filosófica y jamás sobre la ciencia en tanto que discurso sobre la causalidad del mundo. La ciencia, además, no puede dar respuesta alguna a las preguntas sobre su propio y verdadero sentido. La ciencia deja sustancialmente sin explicar en qué consiste el sentido de la existencia.

Desde su punto de vista intelectual, la ciencia esclarece los límites de lo objetivo y lo no objetivo en que se inspira la filosofía, que no se complace ni se apaga con un saber de índole científica o apodíctica. En este sentido, la filosofía y la ciencia se complementan según Jas-

² *Notas sobre Heidegger*, p. 88.

pers: la auténtica pureza filosófica y la ciencia se complementan mutuamente. La auténtica pureza científica se adquiere sólo a condición de una auténtica pureza filosófica, y viceversa. Ambas se complementan pero sin confundirse, gracias a una distinción rigurosa, que es la garantía de sus respectivos valores.

¿Qué sentido tiene, entonces, la filosofía? No es un conocimiento huero de sistemas y de escuelas, ni una configuración exterior del mundo, o una ciencia abstracta como la lógica, sino que, en esencia, es un discurso sobre el sentido de la vida. Esta comprensión de la filosofía, tan típicamente existencialista, está muy ausente en los procesos educativos formales y, como consecuencia de ello, las nuevas generaciones se forjan una visión realmente distorsionada de lo que es este saber. Fácilmente lo identifican con un discurso absurdo y estéril, ininteligible y completamente irrelevante para vivir; con lo cual se pierde la sustancia y la razón de ser de esta actividad que, para Karl Jaspers, tiene como objetivo central clarificar el sentido de la vida, tarea que, de modo ineludible, incumbe a todo ser humano.

3. *Filosofar como praxis vital*

La filosofía es, para Karl Jaspers, problematicidad que, a su vez, es *praxis*, esto es, singularidad y subjetividad. Según su punto de vista, la meditación filosófica no es una mera actividad indiferente del pensamiento sino un proceso formativo, fundado en una activa participación de cada existencia (*Dasein*) en el ser (*Sein*). En el ejercicio filosófico, el filósofo se encuentra siendo, a un tiempo, objeto y sujeto de la filosofía. Ésta debe comprenderse como *praxis* de vida interior, independiente de la objetividad crítica del saber sustancial.

No puede haber filosofía sin vida interior, ni puede haberla si uno no acepta pensarse a sí mismo como agente implicado en esta actividad. En el ejercicio de la filosofía no es posible la separación entre sujeto y objeto, la clásica dualidad que se exige en el conocimiento científico, porque el sujeto que filosofa, a saber, el hombre, es, simultáneamente, el objeto del pensar filosófico.

Desde la perspectiva intelectual de Karl Jaspers, la filosofía es *praxis* esclarecedora de la relación del existir en cada situación con el ser trascendente y absoluto; es decir, de la existencia como posibilidad. La acción de filosofar es *praxis* concreta de esta posibilidad, justificación a un tiempo de mi pensamiento, de mi ser y de mi acción en su totalidad.

En este sentido, la actividad filosófica no es algo que acontezca con posterioridad a la vida, una práctica que se desarrolle en el atardecer de la existencia, sino algo que se articula en el trance del vivir, que exige una puesta entre paréntesis en el tiempo, ya sea para pensar lo vivido, ya para pensar lo que está por vivir. Así pues, para Jaspers la filosofía es un modo de interrupción en el flujo del vivir, una suerte de interferencia lógica cuyo fin es vivir auténticamente el propio proyecto vital.

“Hoy día –afirma Jaspers– muchos hombres se aproximan a la realidad en su especialidad e incumbencia. E incluso aquí están tecnificados, son operativos en el sentido de la concepción racional y de la máquina, pero no de la propia realidad. Esta falta los lleva al vacío interior. No queda nada cuando ha transcurrido la semana laboral. El complemento se busca en fenómenos, sensaciones, pensamientos que parecen transmitir una idea. Pero como son ajenos a la realidad, se olvidan de ella, se mueven en un medio que carece a su vez de consecuencias.”³

242

Y añade: “Falta la continuidad de una vida existencialmente llena, falta el discernimiento que se nutre de los más amplios horizontes, falta sumergirse en la realidad, puesto que sólo este camino tiene realidad existencial. La filosofía como distracción, pero no como creación, como algo secundario, no como praxis vital. De ahí las ilusiones fantásticas y encantamientos, los disparates prácticos y los deslices, el esfuerzo de los motivos filosóficos que recae sobre el hombre, la desintegración del hombre entregado a la época”.⁴

Para Karl Jaspers, la filosofía no es un modo de evasión de la realidad, sino todo lo contrario: constituye un modo de enfrentarse a ella, de asumir su gravedad y también sus posibilidades. La existencia, en su comprensión filosófica, no es una abstracción, ni una cuestión que pueda ser tematizada sino que constituye el núcleo problemático fundamental, la razón de ser de la actividad filosófica. La filosofía no es una especie de fármaco cuyo fin sea redimir al ser humano del vacío existencial, sino todo lo contrario: es un modo directo y enfático de enfrentarse a ese vacío, un viaje sin retorno al corazón de la existencia. Y ello supone el coraje de enfrentarse al *horror vacui*.

³ *Notas sobre Heidegger*, p. 152.

⁴ *Ibidem*.

Desde su punto de vista, el hombre contemporáneo vive completamente enajenado ya sea por un mundo laboral hiperactivo, ya por un universo tecnocrático donde el contacto directo con la realidad resulta siempre mediatizado y filtrado por el artefacto. La filosofía debe procurar, a su juicio, un retorno a la naturaleza, a la experiencia originaria del ser humano como ser en el mundo que debe forjar su camino y hallar una justificación a su existencia.

Todo ser humano debe responder a la angustiada pregunta por el sentido y no puede ni debe evadirse tras la cortina de las obligaciones que, con tanta frecuencia, se convierten en distracciones. Este tuteo soberano de cada cual consigo mismo es el fin fundamental de la filosofía, la tarea inexcusable de todo ser humano que desee vivir responsablemente su existencia.

“En todos los pensadores del mundo ¿afirma Jaspers? se advierte la misma preocupación: el ser humano se halla a merced de los imperativos de la técnica; en la masa de los que no piensan se está preparando de manera inconsciente la victoria del coloso del nihilismo. Si estos dos síntomas, ya casi realidad, llegan a imponer su ley, se habría acabado toda filosofía y toda religión. Ambas serían sustituidas por unas formas de pensar forzadas, entumecidas, impuestas y rutinarias; un pensamiento que ya no sería un pensar, y un crecer que no sería fe, sino funciones de otra clase de seres que no merecen el nombre de humanos como nosotros lo entendemos.”⁵

La caída en el vacío, en un nihilismo inconsciente y autocomplaciente, constituye una de las preocupaciones fundamentales de Jaspers. También anticipa la venida de un mundo hipertecnológico, en el que el ser humano puede perder el sentido de su más íntima humanidad. Le angustia el advenimiento de la sociedad-masa, la multiplicación de ciudades anónimas en las que cada cual ejecuta su existencia al margen del otro, en una especie de laberinto de *individua* que ya no tienen nada que decirse unos a otros. De algún modo, sus análisis de perspectiva alcanzan su pleno sentido en el contexto de la posmodernidad, con el advenimiento de un sujeto débil y extrañamente instalado en un nihilismo indolente que no estremece, ni produce temor o temblor.

⁵ K. JASPERS, *Conferencias y ensayos sobre historia de la filosofía*, Gredos, Madrid, 1972, p. 11.

Y añade: "No hay argumento capaz de demostrar que no vaya a suceder lo que tanto se teme. Sólo queda la fe en el hombre. Y esta fe se resiste a admitir que el ser humano pueda destruirse mientras haya hombres biológicamente tales, irradiando juventud en sus rostros o con síntomas de unas inmortales posibilidades hablándonos a toda hora desde los ojos velados de un anciano. Ciertamente que va a ser difícil saber por qué merecerá la pena vivir; pero, desde luego, no será la Nada la que polarice las esperanzas".⁶

Como en el caso de Albert Camus, Karl Jaspers tiene fe en el hombre y en su capacidad de transformar el sentido de la historia y de construir un mundo lleno de sentido y de posibilidades. Sufrir la decepción de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial y ello le lleva a una visión muy realista de la existencia humana, pero no cae en los pesimismo de la posguerra que anuncian la venida del peor de los mundos posibles.

Jaspers confía en el ser humano y en sus capacidades de vencer el Mal y la tentación de la Nada. El lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945 no dejó indiferente a Karl Jaspers, sino que le estimuló a pensar el futuro y el papel que podría jugar la filosofía en la construcción de ese futuro. No hay, pues, un pensamiento románticamente utopista en Jaspers, pero tampoco contrautópico, al estilo de George Orwell o de Aldous Huxley, sino una visión esperanzada que se mueve entre los dos extremos.

Para Jaspers, la filosofía como tal es incapaz de encontrar una solución definitiva al misterio del ser humano en el mundo. Pretende hacerse cargo real sólo en la multiplicidad de sus significados y de las transposiciones que dimanar del origen mismo del ser, visto como la totalidad más comprensiva: la totalidad de nosotros mismos y del mundo. La filosofía es la meditación que utiliza todas las condiciones útiles, pero trascendiéndolas; mediante ella, el hombre tiende, en definitiva, únicamente a formarse a sí mismo, sin reconocer, en último análisis, ningún objeto definitivo, y con el único fin de esclarecer y producir al mismo tiempo la existencia del que medita y conoce.

Así pues, la filosofía mantiene al hombre en suspenso, haciéndole pasar constantemente por todos los conocimientos del mundo capaces de fijar el ser como orientación filosófica en el mundo, y apela a su

⁶ *Ibidem*.

libertad, como esclarecimiento de la existencia, creándole en la posibilidad misma de la existencia el espacio para su acción absoluta, mediante una llamada indirecta de Dios a la Trascendencia.

Jaspers considera que, para el pensamiento, el punto de llegada es el silencio. En consecuencia, sólo la fe en Dios, en el destino espiritual del hombre, en la posibilidad de una comunicación total, parece a Jaspers el único modo de llenar ese vacío del conocimiento, restituyendo al hombre la infinitud y la paz que dominan la inquietud humana.

La tarea de filosofar puede interpretarse como un esfuerzo para esclarecer la existencia (*Existenzerhellung*) que permite la orientación del mundo (*Weltorientierung*) por medio de una metafísica que no considera el ser como simple suma de objetos, sino como totalidad que nos incluye a nosotros mismos en el horizonte supremo de la verdad. El horizonte final de esta tarea de filosofar es la verdad.

La verdad, para Jaspers, surge de la trama del pensar con el vivir y no consiste en la intelectualidad abstracta, ni se reduce a meros datos inmediatos de la conciencia, sino que tiende a transformar estos datos en un saber reflejo y realmente omnicomprendivo. La verdad no se reduce a un mero dato fenoménico: es una manifestación del ser en sí, en su devenir presente, tanto en la experiencia como en la representación (*Erlebnis-Anschaaung*), en el mero ser pensado y en el pensamiento en acto. La verdad no es un modo particular del ser sino la omnicomprendividad misma del ser, que se revela mediante el saber y el conocer

4. Ser finito, abierto al infinito

En la antropología filosófica de Karl Jaspers, el ser humano se concibe como un ente radicalmente finito pero constitutivamente abierto al infinito. Recogiendo la definición de san Agustín, el filósofo alemán comprende al ser humano como un *ens capax infiniti*, como una especie de síntesis entre finitud e infinitud. En este punto particular, Karl Jaspers está muy cerca del filósofo danés Soren Kierkegaard (1813-1855), pues también él concibe al ser humano como un ser radicalmente descentrado, abierto a una perspectiva que le supera y le trasciende; una perspectiva que denomina eternidad, infinitud, posibilidad.

“La finitud del hombre -subraya Karl Jaspers- es, en primer lugar, la finitud de todo lo vital. Depende de un mundo ambiente, del alimen-

to y de los contenidos con sentido; está entregado a la inexorabilidad del acaecer natural mudo y ciego; tiene que morir.”⁷ En su concepción del ser humano, Jaspers señala el carácter indigente y precario del existir humano y, en este sentido, se opone a las antropologías de ilimitación que ven en el ser humano un ente totipotencial, capaz de enfrentarse a todo y a todos, capaz de superar cualquier escollo a lo largo de su periplo vital.

Nada más lejos de la realidad humana. Ser humano significa ser finito, indigente y precario, lábil y finito; significa estar acotado entre dos límites que no pueden transgredirse: el nacimiento y la muerte. He aquí la *humana conditio*. En este aspecto, el ser humano comparte la misma condición ontológica que los otros seres del mundo pero, a diferencia de ellos, el hombre puede adquirir consciencia de su situación en el mundo (el *In-der-Welt-sein* heideggeriano), puede saberse limitado; y este saber lo convierte en un ser extraño y singular en el conjunto de cosmos. Más sabio que los demás ¿diría Blaise Pascal? pero, también, más angustiado pues no puede evitar formularse la pregunta sobre el sentido último de la realidad y sobre su ser en el mundo.

246

“La finitud del hombre -indica Jaspers- es, *en segundo lugar*, el hecho de que dependa de otros hombres y del mundo histórico producto de la comunidad humana. Nada hay seguro para él en este mundo. Los bienes de la fortuna vienen y se van. En el orden humano no impera solamente la justicia, sino el poder de cada momento que declara que su capricho es el órgano de la justicia; y de ahí que siempre se funde en la mendicidad. El Estado y la comunidad nacional pueden aniquilar a hombres que trabajaron para ellos toda una vida. Lo único que merece confianza es la fidelidad del hombre en la comunicación existencial, pero no puede calcularse, pues aquello en que aquí pueda confiarse no es una existencia objetiva, demostrable, en el mundo. Y el hombre más próximo puede enseguida enfermar, volverse loco, morir.”⁸

Cuando se afirma que el ser humano es finito, se afirma también que es constitutivamente heterónimo, que depende de los otros, de lo que no es él mismo. El ser humano, en la antropología jasperiana, no es un ser autosuficiente, capaz de vivir en sí y por sí mismo, solitariamente, ajeno a los otros y a lo Otro, sino que es un ser dependiente,

⁷ K. JASPERS, *La fe filosófica*, Losada, Buenos Aires, 1968, p. 56.

⁸ *Ibidem*, p. 56.

un ser que necesariamente debe abrirse a los otros para poder desarrollar su proyecto vital.

“Soy, gracias a los otros”, podría decirse parafraseando a René Descartes. A lo sumo, el ser humano puede alcanzar unas ciertas cotas de autonomía a lo largo de su corta y limitada vida, pero jamás puede llegar a una plena y total autosuficiencia porque, constitutivamente, es un ser heterónomo y dependiente.

“La finitud del hombre -afirma Karl Jaspers- está en el conocer, en el hecho de que dependa de la experiencia que le es dada, especialmente de la intuición que en ninguna parte puede prescindir de los contenidos sensoriales. Pensando no podemos asir más que el material de la intuición que llena la forma de pensamiento.”⁹

Así pues, el ser humano es finito pero puede llegar a ser consciente del infinito que habita en él o, mejor dicho, del infinito que se vislumbra desde el seno de su finitud. Es un ser que se sabe limitado, circunscrito en un espacio y en un tiempo, pero que anhela la trasgresión de su finitud; que desea, desde el fondo de su corazón, trascenderse, superar el plano de la finitud. En este sentido, el ser humano no sólo es finito sino que, además de serlo, es consciente de ello y esta conciencia abre en él la posibilidad de un contrapunto, de un pensar que no puede producirse en aquel ser que no toma conciencia de quién es.

 247

“El hombre -afirma Jaspers- adquiere conciencia de su finitud por los criterios de un no-finito, y ciertamente por lo absoluto y lo infinito: (...) Lo infinito se roza, aunque no se capta, principalmente en el pensamiento de la infinitud, luego en el esbozo de su conocer divino esencialmente diferente de su conocer finito y por último en el pensamiento de la inmortalidad. Lo infinito incomprensible, pero de lo que adquiere conciencia, hace que el hombre rebase su finitud al adquirir conciencia de ella.”¹⁰

Gracias a la experiencia de lo absoluto y de lo infinito, la finitud no sólo sigue siendo para el hombre el dato inconsciente de su existencia sino que la luz de la trascendencia pasa a ser para él el rasgo fundamental de su conciencia de haber sido creado. La finitud del hombre, sin ser suprimida, es quebrantada.

⁹ *La fe filosófica*, p. 57.

¹⁰ *Ibidem*, p. 57.

La finitud, entendida como estigma de la condición de criatura, es la nota que, según Jaspers, el hombre tiene en común con todas las existencias que él ve en derredor suyo. Mas su finitud humana no es susceptible de cerrarse como sucede a toda existencia animal. Todo animal es logrado (acabado), tiene en su limitación también su consumación con el ciclo repetido de lo viviente. Sólo es entregado al acontecer natural que todo vuelve a fundirlo y todo vuelve a producirlo. Únicamente la finitud del hombre es inacabable. Sólo el hombre lleva su finitud a la historia y sólo en ella quiere devenir lo que él puede ser. La imposibilidad de cerrarse es un signo de su libertad.

“Esa *imposibilidad de consumarse*, -afirma Jaspers- con su consecuencia de ilimitado buscar e intentar (en vez de la vida tranquilamente supeditada, inconsciente, en ciclos que se repiten), es inseparable de su saber de ella. De todo lo viviente, el hombre es el único que sabe su finitud. A título de imposibilidad de consumarse, su finitud resulta para él más de lo que se pone de manifiesto en el mero conocer lo finito. Hay en el hombre un perderse del cual surgen para él un problema y una posibilidad. Se encuentra en la situación más llena de desesperación, pero de suerte que gracias a esta circunstancia siente el más intenso afán de elevarse mediante la libertad. De ahí que en las descripciones del hombre lo concibieran siempre en la más asombrosa contradictoriedad, lo vieran como el ser más miserable y más sublime.”¹¹

 248

Jaspers señala el carácter equívoco y contradictorio del ser humano. Por un lado, se manifiesta, empíricamente, como un ser lábil e indigente, carente de un fundamento sólido, dependiente de lo ajeno; pero, por otro lado, se revela en su interioridad como un ser que anhela lo infinito, lo eterno, lo que se opone dialécticamente a su naturaleza. Esta contradicción interna lo convierte en una criatura excepcional en el conjunto de mundo, pero también en un ser eminentemente problemático que está llamado a resolver su problematicidad en un plano superior al de la vida primaria.

5. Comunicar la situación-límite

La preocupación por la tarea de comunicar es intrínseca a la filosofía de Karl Jaspers. En una de sus notas a Martin Heidegger, considera

¹¹ *Ibíd.*, p. 59.

que el primer filósofo que se preocupa seriamente por el tema de la comunicación, en particular de la comunicación del cristianismo, es, precisamente, Soeren Kierkegaard.¹²

La comunicación constituye, según él, la primera condición de la validez de la filosofía porque sólo mediante la comunicación adquiere el saber aquel carácter no apodíctico de validez universal garantizado por la comprensión de nosotros mismos y del otro. La verdadera comunicación es únicamente la que se basa en el reconocimiento activo del límite que señala la misma situación concreta de la existencia.

El límite y la comunicación son, por lo tanto, los caminos indicados para la verdad, que no es simple posesión del entendimiento abstracto y esquemático, ni se nos presenta íntegra en la forma simple de la exactitud científica, como si fuera una imposición, no de la realidad, sino de la mera necesidad del entendimiento.

En su obra, trata de exponer filosóficamente el concepto de situación-límite (*Grenzsituation*). En tanto que animal indigente, el ser humano no es incólume a experiencias de fracaso que conllevan, necesariamente, una ruptura en el hilo existencial de la persona humana. El ser humano no es ajeno al mal, al dolor o al sufrimiento, sino que está expuesto a todo ello y puede vivir situaciones en las que perciba, de una manera directa y enfática, "la insoportable levedad de su ser".

Cuando el ser humano atraviesa por estas situaciones, vive estas experiencias límite, se plantea, con hondura, el sentido de su existencia, lo que de veras merece la pena vivir. Así pues, estas experiencias no son ajenas al ejercicio de la filosofía, sino todo lo contrario. En cierto sentido, son su condición de posibilidad.

Otro filósofo existencialista, el pensador francés Gabriel Marcel, sistematiza en *Filosofía concreta* las situaciones-límite que explora Jaspers en su planteamiento filosófico. La situación-límite no es una situación deseada, ni anhelada, sino que irrumpe en la propia existencia y produce una ruptura en ella. Es opaca, nada se ve tras ella, y no es posible cambiarla ni explicarla, pero sí esclarecerla, dilucidar su sentido para la existencia.

¹² Hemos tratado esta cuestión en F. TORRALBA, *Poética de la libertad*. Lectura de Kierkegaard, Caparrós Editores, Madrid, 1998.

Jaspers distingue cuatro situaciones-límite fundamentales: la muerte, el sufrimiento, la lucha y la culpa.

a. La muerte

La muerte propia y la del ser amado constituyen una de esas experiencias límite a las que nos referíamos antes. Lo expresa perfectamente Laín Entralgo cuando afirma: "El hombre muere; yo, hombre, he de morir; más aún, puedo morir en cualquier momento. Siempre estoy, pues, aunque no piense en ella, en la situación-límite que es la muerte".¹³

Cuando el ser humano reflexiona sobre esta situación que de un modo inevitable habrá de vivir, no puede evitar el ejercicio de la filosofía. La filosofía, para Jaspers, no es un puro saber teórico y abstracto, sino una actividad esclarecedora que tiene su punto de partida en la situación-límite y que se abre, racionalmente, a la búsqueda de respuestas plausibles.

b. El sufrimiento

Uno de los filósofos contemporáneos que más ha ahondado en la experiencia del sufrimiento desde una clave existencial y biográfica es Karl Jaspers. Cuando el ser humano padece un mal, ya sea de carácter físico o moral, no puede dejar de interrogarse por el sentido de su existencia. El sufrimiento es el motor de la filosofía y de hecho, tal como afirma Arthur Schopenhauer, jamás hubiéramos filosofado si desconociéramos totalmente el sufrimiento.

"La búsqueda del propio camino -afirma Karl Jaspers- es tarea de toda la vida. Los peligros ante los que uno sucumbe son: abandonarse a lo imprevisto, hundirse en la enfermedad, no distinguir con precisión entre estados sanos y enfermos, olvidarse orgullosamente de la dolencia. La enfermedad no acarrea como, por ejemplo, la mutilación de un miembro, el impedimento mecánico por un único defecto, sino que llega a calar en el mismo proceso de la vida, debilitándola constitucionalmente; no significa necesariamente, sin embargo, una limitación de la personalidad."¹⁴

¹³ P. LAÍN ENTRALGO, *Esperanza en tiempos de crisis*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1993, p. 102.

¹⁴ K. JASPERS, *Entre el destino y la voluntad*, Guadarrama, Madrid, 1969, p. 195.

En tanto que médico de profesión y vocación, Jaspers reflexiona sobre la experiencia de la enfermedad y revela cómo esta experiencia, que puede definirse como una situación-límite, desencadena una transformación en el seno del sujeto humano. Él mismo padeció una enfermedad grave que transformó su propio itinerario vital. “De joven -afirma- ni podía hacer excursiones, ni bailar, ni montar a caballo, ni tomar parte en las diversiones de la juventud. Se me excluyó del servicio militar.”¹⁵

El efecto aislador de la enfermedad es, en lo más íntimo, inexorable. Uno se ve, en cierto modo, sin que nadie lo confiese, tratado con compasión y rodeado de silencio.¹⁶ “Los sanos -afirma- no pueden entender a los enfermos. Sin quererlo enjuician la vida, el comportamiento, el rendimiento de los enfermos como si estuviesen sanos. No comprenden lo que su rendimiento significa de auténtico tesón en lucha contra la debilidad... No caen en la cuenta de lo que vale, porque no saben lo que cuesta.”¹⁷

Y añade: “La contingencia del hombre, su dependencia radical, se le hace al enfermo no sólo más consciente que al sano, sino también cualitativamente distinta. No puede abandonarse un solo día a sí mismo como existencia”.¹⁸

Karl Jaspers pone de relieve la distancia abismal que existe entre el hombre que atraviesa una situación-límite y el hombre que vive con normalidad su existencia. La tarea de la filosofía es, a su juicio, esencialmente comunicativa, debe dar que pensar de tal modo que el que sufra angustia encuentre en ella algún modo de liberación, mientras que constituya un revulsivo intelectual para el que ya lo da todo por pensado.

c. La lucha

Dice Pedro Laín Entralgo comentando a Jaspers: “No hace falta ser darwinista para descubrir que la lucha -el combate contra la propia limitación y contra lo que en nuestro mundo opone resistencia a la realización de nuestro ser- pertenece esencialmente a la existencia humana, e incluso a cualquier existencia viviente”.¹⁹

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ *Ibidem*, p. 208.

¹⁷ *Ibidem*, p. 209.

¹⁸ *Ibidem*, p. 212.

¹⁹ P. LAÍN ENTRALGO, *Op. cit.*, p. 102.

Vivir es luchar y, aunque hay también dimensiones de descanso y de ternura en la vida humana, nadie puede decir que conozca realmente lo que significa existir si no sabe conjugar el verbo *luchar*.

Todo ser humano, a lo largo de su trayectoria vital, se enfrenta a distintas luchas, aunque no siempre sale airoso de tales enfrentamientos. La lucha da que pensar, impulsa la actividad filosófica, porque uno no puede dejar de preguntarse qué sentido tiene su lucha, por qué lucha y si aquella lucha merece la pena. En este sentido, la lucha, como situación-límite que es, da que pensar y exige la reflexión filosófica.

d. La culpa

Pocos pensadores han ahondado en la experiencia de la culpa como Sobren Kierkegaard.²⁰ Las reflexiones de Jaspers sobre este estado anímico deben mucho al filósofo danés, pero también a Immanuel Kant. El ser humano no es ajeno a la culpa y no lo es porque es capaz de tener la experiencia del deber y de transgredir éste.

252

La culpa es el estado anímico que experimenta un ser humano cuando ha realizado esta transgresión y siente un profundo malestar en su alma, un malestar que requiere de la práctica de la reconciliación. Se trata, en palabras de Jaspers, de una situación-límite que nos enfrenta a nosotros mismos y a nuestros límites ontológicos y morales.

6. La fe filosófica

Para Jaspers, la fe constituye el núcleo original de toda filosofía como visión del mundo, no en cuanto objeto de un saber que le sea adecuado, sino como estímulo de fuente originaria, que en los confines de lo cognoscible se hace sentir como indicio y conciencia, equivalente al saber directo, de una verdad absoluta e incondicional.

La fe representa la victoria sobre la duda, e implica el conocimiento de lo que comporta la incredulidad. La fe filosófica no significa la divinización del ser humano sino simple confianza en la posibilidad de su libertad. El significado de la fe es histórico, y la historia se manifiesta como la experiencia concreta de los valores de la humanidad

²⁰ Cf. S. KIERKEGAARD, *El concepto de la angustia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981.

que son su fin último, sin consumarse por eso en un saber acabado, descubierto por la razón o revelado por la divinidad.

La fe filosófica es una fe sin dogmas, una creencia exenta de proposiciones objetivas y obligantes; puede y debe servir de fundamento vivificante a los dogmas de las religiones positivas. La fe filosófica tiene como fundamento y término aquello que unifica y sustenta al sujeto y al objeto en el conocimiento de lo real.

La fe filosófica es, también, fe en la libertad del hombre. Consiste en creer que el hombre es capaz de acciones incondicionales, aquellas que tienen su origen sólo en el hombre mismo y que, en consecuencia, no persiguen una finalidad objetiva y no dimanen de una autoridad exterior a quien las decide y ejecuta.

Desde la fe filosófica, se cree que la realidad del mundo, incluida la del hombre, no es un absoluto sino que se trata de una realidad intermedia y fluctuante entre la suprema posibilidad de lo Abarcante y la certidumbre inmediata de la existencia auténtica acerca de sí misma.

La fe en sentido filosófico se opone a toda pretensión exclusivista tanto del saber como de la religión. A su vez, no cabe considerar a la religión como enemiga, sino como consorte de la filosofía porque ambas están vinculadas por la relación común que las liga a la trascendencia.

Cuestiones finales

A pesar de que Karl Jaspers sufre un grave olvido en la filosofía actual, su ingente obra ha influido en todos los órdenes de la cultura; y su herencia moral no es menos inspiradora que su trabajo erudito.

Jaspers encarna el talante de lo que podría denominarse el filósofo en estado puro: aprecio profundo por las vías racionales, veneración por la libertad y el diálogo, pasión por la investigación y el desarrollo del conocimiento; religiosidad profunda aunque radicalmente depurada; humildad ejemplar en la aceptación de una "culpa metafísica" por los sucesos de la Alemania de Hitler ("Pudimos -dice- buscar la muerte cuando los crímenes se hicieron públicos... Preferimos permanecer vivos sobre el débil aunque lógico argumento de que nuestra muerte no habría ayudado a nadie.").

Su obra puede describirse como un monumento a la racionalidad humana, o mejor a la aspiración del hombre por lograr la racional-

dad. Su lucha intelectual es la lucha de la razón "contra sus enemigos" (como indica el revelador título de uno de sus libros). Su reacción contra el marxismo, el nazismo, el psicoanálisis, el pansexualismo y otras doctrinas pseudocientíficas de la época es la forma principal de su cruzada en pro de la razón. Su filosofía puede definirse como una oposición a todo dogmatismo que pretenda poseer la verdad pues, en su opinión, la verdad sólo se atisba en el diálogo, la comunicación y el filosofar desde posiciones históricamente limitadas.

En cierto modo, puede considerarse a Jaspers el filósofo del ecumenismo. Su gran empresa consiste en la búsqueda de una *philosophia perennis* como integración de verdades parciales de todos los sistemas filosóficos. Para él, la razón no es una sola realidad, ni tiene un carácter unidimensional, sino que es un instrumento que nos abre al conocimiento de Dios, de la verdad total.

La comunicación juega un papel clave en su filosofía porque, según él, el ser humano, en tanto que ser finito, necesita del otro para abrirse a la perspectiva de la verdad total. Por sí solo, no puede alcanzarla. Los obstáculos de la comunicación son los obstáculos de la verdad. La razón es el ámbito de esa comunicación ilimitada, cuya fuerza motora es el amor que acerca a las personas y las dispone al diálogo.

Anticipándose al Concilio Vaticano II, Jaspers critica determinadas formas de comprender la exclusividad de la salvación cristiana. "La pretensión de que sólo tendrá vida eterna quien crea en Cristo -afirmar no es convincente, pues fuera del cristianismo se ve también a hombres de elevada nobleza y alma pura; sería absurdo que hubieran de perderse, sobre todo comparándolos con personajes humanamente dudosos, difícilmente dignos de ser amados, que hallamos entre los más grandes cristianos que han actuado en la historia. La íntima conversión del hombre desde su capricho a la ilimitada abnegación no se da únicamente en el cristianismo."²¹

Aceptar el carácter limitado del ser humano no significa perderse en la desintegración intelectual. "En el origen era lo Uno." La verdad una olvidada, imposible de restablecer completamente en el tiempo, se hace presente, sin embargo, como movimiento que lleva a la comunicación.

²¹K. JASPERS, *La fe filosófica*, Losada, Buenos Aires, 1968, p. 77.

Abstract

Karl Jaspers is one of the most relevant thinkers in contemporary philosophy. In this article, the author presents the keys to his thoughts and the categories that make up his anthropology.